EL SOCIALISTA ESPAÑOL

Organo de la Federación Socialista Española y portavoz en Francia de la U.S.E.

«Le Socialiste Espagnol» MENSUEL.

París, Junio-Julio 1956

Precio: 20 francos

Agitación militar

TODA la prensa europea se ocupa estos días de la « fermentación política en España » para citar un gran titular, en primera página, de la « Gazette de Lausanne » de 25 de junio. El hecho nuevo e importante, destacado en dichos periódicos, es que « el ejército, de arriba abajo, ha tomado en cuenta el estancamiento de la situación política, sus peligros, y se pregunta cómo hacerles frente ». Las « juntas » de oficiales no se limitan a las grandes capitales, Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla. Se extienden a todas partes. Al comienzo — según los corresponsales a que nos referimos, la mayoría de ellos de una prensa que es considerada moderada o conservadora —, el alto mando no le daba a la reaparición de las Juntas una importancia extraordinaria. Hoy les preocupa profundamente. Incluso al « Caudillo », que hace siempre alarde de su sentimiento de seguridad y de su desdén hacia quien dude de su permanente influencia.

Dicha inquietud explica los rumores de un cambio ministerial próximo y de una nueva entrevista con don Juan. Y, según otras informaciones, no se excluye la posibilidad de que la estructura de las fuerzas políticas españolas sea modificada con la creación de un partido cuyos miembros se presentarían como independientes y contarían con el apoyo de los sectores militares e industriales.

Otro síntoma de la quiebra del régimen es que. con el fin de evitar que se agrave la tensión entre la Falange y los grupos católicos, varias personalidades (principalmente el general Muñoz Grande, el general Bautista Sánchez, el señor Planell, etc.) han manifestado el deseo de que Franco fije ya las condiciones de su sucesión y de la restauración de la monarquía.

Se trata, sobre todo, de calmar al ejército presentándole la alternativa de una solución suave del problema de la sucesión. Y uno de los corresponsales llega a preguntarse qué ocurriría « si un acto de presencia del ejército, animado de la decisión de no tolerar más demoras, coincidiese con una huelga general ».

Al recoger estos comentarios, no es que nos hagamos muchas ilusiones en las agitaciones militares en curso... Sin embargo, es un síntoma que refleja la situación actual del franquismo. Nuestra fe está del lado del pueblo español, y en la convicción que hemos mantenido siempre de que, fuese cualquiera el número de años que pudiesen transcurrir hasta el derrumbamiento del sistema franquista, nosotros, socialistas, teníamos que continuar luchando con el mismo ardor que si la victoria estuviese a la puerta.

RESPONSABILIDAD SOCIALISTA

por Julio Alvarez del VAYO

EN general « El Socialista Español » y la organización que representa tienen poco que reprocharse en lo que concierne a las relaciones entre socialistas. Exceptuada aquella ocasión en que la alianza con los monárquicos propugnada por el grupo mayoritario, aparte de su previsible fracaso, amenazaba con inferir al movimiento un gran perjuicio, el comentario de las decisiones de Toulouse y de las declaraciones y escritos de sus hombres más representativos, se mantuvo en los límites que imponían una antigua camaradería y el propósito de no ahondar aún más las diferencias existentes.

Ni siquiera las célebres « expulsiones » de los organizadores de la Unión Socialista Española, de fecha anterior a su constitución, suscitaron de parte de los « sancionados » un resentimiento insuperable. Hubiera sido mucho más grave la expulsión del socialismo español del pensamiento socialista.

Se procuró evitar el ataque personal e incluso el contra-ataque. Entre otras razones porque ese era el deseo de los compañeros del interior, apenados por nuestras divisiones. Se hizo — y se continuará haciendo — cuanto se pudo por nuestra parte para dejar abierto el camino de una reunificación, en el primer momento propicio, de los socialistas adscritos a organizaciones diferentes.

Es en ese mismo espíritu de análisis constructivo que señalamos hoy la actitud del grupo mayoritario frente a intentos recientes de transformar una emigración dividida e incapaz por lo tanto de actuar como lo exige el desarrollo de la situación en el interior, en una fuerza en condiciones de contribuir eficazmente a asegurar un desenlace que libre al país, no sólo del franquismo, sino de las desgarraduras de una nueva guerra civil.

El gobierno que preside el señor Gordón Ordás había decidido, en vista del impulso que estaba tomando en España la oposición contra el régimen, dirigirse a las distintas organizaciones de la emigración, exhortándolas a coordinar sus esfuerzos. Ofrecía para ello « la dimisión incondicional del gobierno », si su sustitución por otro de representación más amplia se evidenciaba posible a través de la acogida que tuviese su iniciativa.

Lo importante aquí no es decidir si en sí misma la existencia de un gobierno en el exilio, disminuído a lo largo de una serie de crisis que no es del caso comentar, se justifica hoy. Incluso algunas gentes que lo consideran hasta como un obstáculo para una acción más eficaz, opinaban que la iniciativa del señor Gordón Ordás debía de ser aprovechada para promover al menos un cambio de impresiones entre todos y el examen conjunto de las posibilidades que se ofrecían.

La contestación de Toulouse fué negativa. Y bastó — hasta tal punto los dirigentes de los partidos republicanos dependen de las reacciones que se produzcan por ese lado — para matar la iniciativa en el acto.

(Pasa a la segunda página.)

LA HORA DEL GRAN ESFUERZO

por Alvaro de ORRIOLS

TODOS cuantos oyentes españoles tuvieron ocasión, en los pasados meses, de escuchar a través de las ondas los dinamiteros discursos del desaforado Arrese, incitando a sus hordas falangistas — ¡ y nada menos que desde las alturas del Poder ! — a la más incivil intransigencia y al retorno bestial del dialogar de las pistolas, dialogar tan querido de José Antonio el Fundador ; todos aquéllos, digo, que pudieron sufrir esos discursos y padecer, posteriormente, aquellos otros no menos explosivos del « invicto » Caudillo, en su « tournée » andaluza rapidamente improvisada para contrarrestar el triste efecto producido, tanto dentro de España como en el exterior, por las famosas huelgas vasco-navarro-catalanas que siguieron de cerca a la revuelta estudiantil ; todos esos oyentes habrán podido percibir que, en el fondo de tamaños desplantes y bravatas, lo que imperaba en los discursos demagógicos de entrambos gerifaltes del decaído Imperio Azul era un miedo cerval que trataban en vano de ocultar los aplausos de encargo de unas desalentadas juventudes movilizadas en rebaño, a costa de las ubres del Erario español.

Cuando un Estado es fuerte, no por la fuerza de las armas y de la coacción sino por el poder y por la autoridad que le dan, libremente, la fe y la confianza de las masas regidas, no necesita hablar de intransigencias, ni acudir a amenazas, ni amedrentar al pueblo gobernado con el terror de las pistolas. Le basta con esgrimir, cívicamente, la vara de la Ley. La vara de la Ley, de Pedro Crespo acá, ha adquirido un sentido tan hidalgo, que unos hombres de Estado que se precien de serlo no pueden empuñarla, ante el pueblo que rigen, con la soez matonería del vulgar camorrista que enarbola una tranca por el placer de seguir siendo el amo de la calle.

Jamás conoció España gobernantes de tan bajo nivel, ni de mentalidad tan cavernaria como los que hoy padece. Jamás se oyó en España aconsejar, desde la altura del Poder, la política odiosa del rencor que ese puñado de insensatos pretende reavivar entre sus gobernados, para seguir gozando de sus pingües prebendas sobre el campo esquilmado de una Patria infeliz, convertida por ellos en un perpetuo campo de Agramante.

¿ Hasta cuando tendremos que sufrir este estado de cosas los hombres de con-

ciencia liberal que, tanto en el interior de la Península como en la lejanía del exilio, soñamos con la aurora democrática que ponga fin al drama inacabable de esa terrible noche falangista ?

Tengo, sobre mi mesa de trabajo, dos hojas volanderas de alto interés político que merecen, no sólo el elogioso comentario de un efímero artículo que ha de pasar sin gloria y sin estela, sino la adhesión franca y continuada y el entusiasmo decidido de cuantos aún creemos en la vigencia indeclinable de la legalidad republicana.

Estas hojitas volanderas que nos llaman con fuerza de Decreto son, no sólo llamada de rebato, sino — por la nobleza de sus miras frente al aullar de lobos de la jauría falangista — el más claro exponente de la honrada política que anima a nuestros hombres del destierro, y la prueba palmaria de que aún no se han perdido las virtudes excelsas de la raza. Una es la Alocución que, con motivo del XXV aniversario del 14 de abril, lanzó a los españoles Don Diego Martínez Barrio, Presidente legítimo de la legítima República Española. Es la otra el Mensaje que lanzó el 2 de mayo Don Félix Gordón Ordás, actual Presidente del Gobierno republicano en el exilio.

Basta leer el contenido de esas dos hojas volanderas, colmadas de ambiciones constructivas, de serena visión del paisaje español, de ponderado patriotismo, y de un sincero anhelo de justicia social basada en el principio de hermandad que haga olvidar los odios de la guerra civil, para rendirse cuenta del abismo insondable que separa a los hombres de nuestra democracia de aquellos energúmenos aupados al Poder por el bestial procedimiento de una guerra de hermanos contra hermanos, que ha dejado a la Patria desangrada y a sus hijos sumidos en la desesperación y en la miseria.

La República, por boca de los hombres que hoy tienen la misión de hablar en nombre de ella en el destierro, vuelve a llamar a todos, sin distinción de ideas ni partidos, para que cada cual, en la medida de sus fuerzas, asuma la responsabilidad que la hora histórica le exige. El régimen franquista acusa ya los síntomas de desintegración precursores de su derrumbamiento inevitable. La casta militar, con la pérdida del espacio vital del solar marroquí, pierde la gran palanca maniobrera de su política castrense. La Falange se pudre en luchas intestinas. En cuanto a los monárquicos, después de tantos años de vacilante espera, aún no saben si habrán de ser regidos por Don Juan, por Juanito, el hijo de Don Jaime o Don Javier. Y, en lo que toca al Clero, este empieza a tomar sus posiciones, buscando cautamente el difícil tejado en donde cobijarse cuando suene la hora de desatarse la tormenta.

No podemos seguir, como estatuas de sal, parados en la Historia, mientras la Patria gime bajo la bota cuartelera del franquismo, y sus hijos se agitan impacientes por sacudirse el yugo que ya no pueden soportar. Nuestro quietismo torpe, antipatriótico, basado en discrepancias personales o en pugnas de partidos, es simplemente un crimen vergonzoso o, cuando menos, una incalificable dejación. Ya ha pasado la hora de hacer el caldo gordo a los ineptos. Que se retiren de la lucha los que se sientan incapaces de ponerse a la altura de su misión histórica, y nos dejen obrar a aquellos que aún guardamos en nuestros corazones, pese a lo interminable del exilio, la fe en la Democracia y el indómito amor a nuestros ideales, que un día nos llevaron a defender la Libertad. Porque, de continuar en el quietismo, pasaríamos de ineptos a cobardes ; y, en las luchas políticas, la cobardía merece el nombre de traición.

Fórmese un Gobierno ampliamente representativo, si es preciso, con aquellas de nuestras fuerzas exiladas que estén dispuestas a luchar. Désele el nombre que se quiera : Gobierno, Directorio, Junta, Consejo o Comité de Acción. El nombre es lo de menos. Lo que importa es saber que se va a la República. Lo que importa es decir que ha sonado la hora de acabar de una vez con el fascismo falangista. Lo que importa es llevar a las conciencias del interior de España la fe en nuestros destinos democráticos. Lo que importa es mostrar al mundo entero que el problema español lo van a resolver los españoles mismos, porque la hora ha sonado de acabar con la sangrienta farsa, y estamos decididos — escuchando la voz de nuestro Presidente, que es la voz oficial de la República — a hacer el gran esfuerzo de sacudirnos el baldón.

RESPONSABILIDAD...

(Viene de la primera página.)

Hubiese cabido otra posición. Si se juzgada la existencia del gobierno un estorbo, es siempre posible buscar al margen de él, el terreno común de una inteligencia entre todos. Pero, no hay indicios de tal disposición de ánimo. Diríase que el grupo mayoritario, o no considera necesaria la colaboración de los demás, o valora de tal manera su peso y ascendencia que cree que debe producirse en torno suyo, pero siendo él quien dicte las condiciones.

Es, en el fondo, un problema de responsabilidad socialista. Precisamente por haber sido en el pasado y estar llamado a serlo de nuevo en el futuro — si se hace una política justa — el centro de reunión en España de las fuerzas democráticas, el socialismo español tiene que mostrarse a la altura de su misión. No es la de dividir, sino la de unificar.

Hay sobre todo en este problema de la unidad un aspecto que debe de prevalecer en la actuación socialista : la unidad obrera. El establecimiento de la unidad obrera más completa posible es en el caso de España de un interés tan socialista como nacional. Sólo un proletariado unido, más allá de sus estructuras específicas políticas o sindicales, a el compromiso de servir los intereses del pueblo español, puede ofrecer a las gentes de dentro una garantía de que el cambio de régimen será todo menos esa hecatombe que evocan los franquistas para paralizar toda acción libertadora. Es el argumento que todavía produce efecto, aunque cada día en menor grado : el miedo al salto en lo desconocido, la incertidumbre sobre lo que vaya a sustituir a lo actual.

Si la unidad de la clase obrera — y las huelgas de Abril son de ello una prueba más — es necesaria para acelerar la caída del régimen franquista, es igualmente indispensable para acometer con éxito la enorme tarea de reconstruír el país en un ambiente de progreso social y en forma que reduzca a muy pocos los que sientan la nostalgia de otro ensayo de dictadura militar.

TEMAS DEL MOMENTO

SOCIALISTAS y

EL socialismo y el comunismo no tienen nada común ». Estas son las primeras palabras de una declaración publicada el mes pasado por el « Bureau » de la Internacional Socialista. ¡ Qué absurdo ! Un absurdo tan patente que hasta los mismos que han aprobado la declaración no pueden dejar de darse cuenta de él. No discuto que existan inmensas y profundas diferencias entre las doctrinas mantenidas por los partidos social-demócratas y laborista que forman la Internacional Socialista, y las sostenidas por los partidos comunistas que, hasta ayer, estaban reunidos en el Cominform. Pero afirmar que entre esos dos grupos — ninguno de los cuales puede ser completamente identificado con el socialismo o con el comunismo — no hay nada común es, sencillamente, absurdo. Es posible que las diferencias entre ellos sean lo bastante extensas y profundas para constituír un obstáculo formidable en el camino de la cooperación ; pero, aún así, es incuestionable que muchas ideas son comunes a ambos. De la misma manera que los católicos, los protestantes y los ortodoxos tienen en común el ser iglesias cristianas, los social-demócratas y los comunistas que han pertenecido al Cominform, así como los comunistas yugoslavos, los socialistas de Nenni, en Italia, y los socialistas de la Internacional asiática, son todos socialistas, bien que de especies y tradiciones diferentes.

¿ Que es lo que tienen de común ? Lo primero y más evidente, la creencia que los instrumentos de producción esenciales deben ser propiedad colectiva y emplearse en el servicio de la sociedad entera y para el fomento de los intereses comunes de todos los pueblos de la tierra. Todos ellos son contrarios al capitalismo — es decir, a la explotación privada de las fuentes de riqueza mundiales y de quienes las trabajan, para obtener un beneficio privado. Pueden mantener opiniones diferentes sobre las formas más adecuadas de propiedad colectiva o social ; pero ésta no es una divergencia que permita trazar una línea bien definida entre las opiniones socialista y comunista. No es una materia respecto de la cual exista un acuerdo completo entre los social-demócratas, ni un dogma comunista uniforme, aplicables a todos los países y a todos los ramos de producción.

En segundo lugar, socialistas y comunistas están de acuerdo en tratar de establecer para todos los pueblos una cierta clase de Estado « tutelar » en el cual se preste gran atención a asegurar las más amplias oportunidades sociales y educativas que sea posible, el más alto grado de seguridad social, condiciones de vida adecuadas para niños y ancianos así como para los trabajadores productivos, buenos servicios sanitarios a la disposición de todos y una multitud de otros servicios sociales basados sobre el reconocimiento de las exigencias humanas fundamentales. Tampoco aquí existe una línea bien definida entre comunistas y social-demócratas ; existen diferencias entre lo que se hace y se defiende bajo diferentes condiciones según los países ; pero en este extenso campo de la acción social no existe diferencia esencial de principio.

En tercer lugar, comunistas y social-demócratas están de acuerdo en estimar que nadie, sano de cuerpo y de espíritu, puede pretender vivir del producto del trabajo de otro, sin contribuír, por su parte, con una aportación equitativa, y que, por consiguiente, las formas de ganancias obtenidas sin trabajo deben ser abolidas. Existen divergencias en cuanto a los medios de llevar a cabo todo ésto, y la mayor o menor rapidez de la operación ; pero no creo que exista diferencia de opinión en cuanto al objetivo mismo.

Aunque existan divergencias entre comunistas y social-demócratas, así como dentro de cada uno de los dos grupos, respecto a la extensión de la desigualdad económica, estas divergencias son compatibles con los principios socialistas.

En cuarto lugar, social-demócratas y comunistas coinciden en creer que la responsabilidad principal para la cons-

EL INFORME DE KRUSCHEF

ALCANCE Y CONSECUENCIAS DE UNAS ACUSACIONES

LAS repercusiones que la crisis soviética va teniendo en el mundo comunista ponen de manifiesto el alcance de la misma. Fundada en la condenación de la dictadura staliniana y en sus « errores », es una quiebra del propio sistema soviético que entraña en definitiva la revisión, en todos sus aspectos, de la conducta del comunismo universal que ha visto siempre en la U.R.S.S. su patria y en el bolchevismo su doctrina. La publicación del informe secreto de Kruschef y, la toma de posición de los partidos comunistas más importantes, subrayan la importancia de esta transformación no exenta de críticas y de resistencias.

Todos los excesos de la época en que Stalin dominó son denunciados por Kruschef de manera implacable, con profusión de detalles en los que pone bien de relieve la vileza de los hechos : desde la dictadura personal, hasta las mixtificaciones más execrables, si bien silenciando la complicidad de los acusadores de hoy en esos mismos hechos, causa fundamental de la escisión del Movimiento Socialista Internacional y de la división obrera.

Mas la transformación propugnada por Moscú ¿ será seguida por los demás partidos comunistas ? Las declaraciones de Togliatti y las reservas manifestadas por ciertos partidos comunistas muestran que no parecen muy dispuestos a aceptar esa rectificación a las primeras de cambio. Rechazar todo un pasado en que el comunismo ha fundado su propia existencia es pedir mucho a una masa educada en los principios del más riguroso sectarismo. Sin embargo, el fin del mito Stalin obliga — como ha subrayado Nenni — a un examen crítico de toda la revolución rusa. Las acusaciones de Kruschef sobrepasan lo individual y plantean cuestiones concernientes al régimen, a la ideología y a la estructura del Estado Soviético.

Así, pues, las consecuencias de la desestalinización repercutirán en las relaciones del comunismo con la democracia socialista y el movimiento obrero en la medida que una evolución facilite el acercamiento. ¿ Se decidirán los comunistas a esa revisión o veremos surgir un comunismo de tipo nacionalista aferrado al pasado, con todas las taras y todos los mitos denunciados por Kruschef ?

En este caso el camino de toda cooperación obrera y socialista seguirá cerrado, pues, la inteligencia del movimiento obrero no puede ser una cuestión vaga y de simple buena voluntad. La clase obrera no es un bloque ideológico sino una diversidad de ideas y de opiniones y en la medida que unas y otras puedan ser expresadas, defendidas y criticadas libremente será posible la convivencia. Es la democracia interna lo que permite en las organizaciones que todas las tendencias puedan manifestarse y confrontarse los distintos puntos de vista. Por eso una colaboración que no excluya todo sectarismo y toda intolerancia sólo puede conducir a la esterilidad, a la desconfianza y a la discordia. Para que una inteligencia socialista y obrera pueda ser durable y fecunda ha de forjarse sin equívocos. Es una tarea de largo alcance, porque no solamente es cuestión de enmendar la página, sino obra, sobre todo, de educación, lo que equivale a decir que no es cosa fácil.

La evolución del comunismo si de verdad tiende a democratizarse y a rectificar sus métodos y sus principios puede contribuir a esta inteligencia obrera y socialista que muchos deseamos. Entretanto nuestro deber es reforzar la confianza en nuestras ideas socialistas y en la capacidad de la clase trabajadora con la aspiración de crear un vasto y vigoroso movimiento socialista democrático.

COMUNISMO

por G. D. H. COLE

trucción de la nueva sociedad incumbe a la clase obrera, y que el movimiento obrero organizado debe suministrar el impulso principal para llevarla a cabo. En realidad, existen profundas divergencias respecto a la manera de organizarse los obreros para este objeto, así como en relación con los métodos que deberán aplicar para alcanzar la victoria. Pero existe una fe común en la función creadora de la clase obrera y en su misión histórica de crear las condiciones requeridas por una sociedad sin clases.

He aquí cuatro puntos importantes sobre los cuales están de acuerdo socialistas y comunistas de todas clases ; y estos puntos son tan evidentes que sería absurdo ignorarles. En realidad, las palabras de los dirigentes de la Internacional Socialista no pueden ser interpretadas en su sentido literal ; lo que han querido decir es que, a pesar de todo lo que tienen de común el socialismo y el comunismo, sus divergencias con los partidos del Cominform son tan profundas y tan importantes que hacen imposible toda cooperación.

Pero, ¿es eso, realmente, así ? Y si fuera así ¿ dónde habría que trazar la línea divisoria ? ¿ Habrá que poner a los comunistas yugoslavos del otro lado de la barrera porque son comunistas, bien que sus desviaciones hayan sido vehementemente denunciadas por los jefes del Cominform — al menos hasta el reciente cambio de frente post-staliniano ? ¿ Es que los comunistas chinos deben ser también considerados como « parias », o eso se aplica sólo a los de la Unión Soviética y sus satélites ? ¿ Qué decir del partido socialista mayoritario italiano, dirigido por Nenni, el cual ha cooperado con los comunistas italianos, pero nunca ha aceptado el comunismo ? Los socialistas asiáticos que desconfían de la Internacional Socialista porque no muestra bastante hostilidad hacia el colonismo y el imperialismo, ¿ deberán también ser excluídos ? Y, en fin, ¿ qué hacer con los varios grupos socialistas y comunistas apodados corrientemente « troskistas » y que, ciertamente, no son partidarios del comunismo practicado en la Unión Soviética ? ¿ Habrá que ponerles también del otro lado de la barricada ? ; y en la afirmativa ¿ será porque son comunistas o porque son un estorbo a las dos organizaciones, del comunismo y de la socialdemocracia ?

Estas preguntas no son fáciles de contestar, como lo serían, sin duda, si se tratara de dos doctrinas netamente diferentes — socialismo y comunismo — ofreciendo cada una de ellas un conjunto coherente de opiniones completamente diferentes entre sí. Pero no es esa la situación con la que nos enfrentamos actualmente. Los comunistas y los socialistas difieren profundamente sobre extremos que provocan fuertes emociones y argumentos contradictorios ; pero no difieren enteramente, salvo en muy importantes respectos.

Tanto la reciente declaración de la Internacional Socialista, como la famosa declaración de la Segunda Internacional, de 1919, han acentuado vigorosamente la conexión inseparable entre socialismo y democracia. « Nosotros creemos en la democracia, dice la declaración de la Internacional Socialista, ellos no ». ¿ Cuál es esa « democracia » que se proclama así como la línea divisoria infranqueable ? La declaración no lo dice ; tan sólo agrega que « sin libertad no puede haber comunismo » y que « el socialismo sólo puede realizarse por medio de la democracia ». Me parece, no obstante, claro que « democracia » en este contexto significa un sistema parlamentario basado sobre un sufragio más o menos universal, que haga posible el progreso hacia el socialismo por acción legislativa y ejecutiva a través de un parlamento y de un gobierno ejecutivo responsable ante él. Estoy de acuerdo en que estas instituciones son de gran importancia y que donde existan y estén profundamente arraigadas en la conciencia popular pueden ser utilizadas para el progreso hacia el socialismo y, potencialmente, como medios de llegar a una sociedad socialista.

(Continuará en el próximo número).

Para El Socialista Español

	Francos
Suma anterior	684.342
B. Gómez, Les Cabanes	560
A. Iavarrete, id.	60
A. Adrian, Fleurieu	820
V. Montarelo, Châteauroux	1.000
A. Gutiérrez, Castres	600
A. Díaz, Argel	400
J. Martínez, id.	600
A. Moreno, id.	600
A. Ros, id.	1.000
M. Alonso, id.	300
M. Riquelme, id.	300
G. García, id.	300
Sección de Argel	440
Manuel Gil, Le Puy	1.000
Francisco Fuentes, Biarritz	5.000
Eustaquio Cañas, id.	500
Longinos Lozano, París	500
C. Cerrato, Cransac	600
A. Casado, Burdeos	350
P. Fernández, id.	150
F. Villena, id.	100
I. Valero, id.	500
E. Rodríguez, id.	100
D. Arnáiz, Ruelle	660
C. Torres, id.	660
Círculo Jaime Vera, Méjico	5.250
Nicolás Muños, Méjico	5.600
Enrique Angulo, id.	700
Ramón Lamoneda, id.	700
N. Jiménez Molina, id.	2.500
J. A. Campayo, Briou	500
Fernando Muñoz, Castres	600
J. Alvárez del Vayo, París	6.500
Colecta de Nueva York	4.000
Total	727.792

***

Donativos a : París C.C.P. 12.862.83. EL SOCIALISTA ESPAÑOL, 52, Av. Paul-Langevin, Fontenay-aux-Roses (Seine).

***

Correspondencia y comunicados a la misma dirección.

Directeur-Gérant : Jorge MORENO.

Société Parisienne d'Impressions, 4, rue Saulnier, Paris 9e

PRO Y CONTRA

VEINTE AÑOS PERDIDOS

por Elena de la Souchère

EL vigésimo aniversario del levantamiento militar nos convida a meditar sobre los resultados de la experiencia franquista.

La dictadura subió al poder derribando un régimen marcadamente reformista recién establecido con el propósito de llevar a la práctica la aspiración fundamental de los hombres de la generación del 98 : el ingreso de España en el grupo de las naciones modernas, mediante el adecuado desarrollo de su técnica y de su aparato productor. Al interrumpir esta experiencia reformista apenas iniciada, los dirigentes del nuevo régimen se comprometieron tácitamente en realizar la tarea de recuperación económica que, por culpa de ellos, la República no pudo llevar adelante. Los imperativos de esta misión heredada coincidían con los de la primitiva doctrina falangista. Una política basada en un delirio de grandeza suponía lógicamente un adecuado desarrollo técnico e industrial, ya que en nuestro siglo el prestigio diplomático de un país depende de su potencialidad militar que a su vez estriba en su capacidad productora.

Pero estas obligaciones han sido descuidadas por la dictadura tan indiferente al interés nacional como ajena a las aspiraciones reformistas de la Falange primitiva.

En el terreno de la producción agrícola, el gobierno franquista ni siquiera se esfuerza por disimular su fracaso. El fomento de la producción era pues incompatible con la contra reforma agraria realizada por el régimen. Coincidiendo con la supervivencia de la estéril y anacrónica latifundia, la escasez de abonos, créditos, semillas y herramientas motivó el descenso del índice de la producción agrícola que, hoy en día, es inferior al nivel de 1929. Pero en los veintisiete años transcurridos desde dicha época la población aumentó en un 26 %, pasando de 23 a 29 millones de habitantes. La escasez de productos alimenticios originada por el contraste entre ambas cifras, determinó, entre otras consecuencias, el alza de los precios y el aumento de las importaciones agrícolas, mientras el exceso de la población campesina se veía en el trance de tener que emprender la marcha hacia las capitales o las tierras ultramarinas. La cifra de la emigración transoceánica que en los años de la República oscilaba entre el mínimo de 6.000 personas y el máximo de 16.000, ascendió, en el último lustro al término medio anual de 55.000 personas. Desde el comienzo del año 1949 hasta el final de 1953, 279.000 españoles — cifra casi igual a la población bilbaína — tuvieron que abandonar el solar patrio.

En el terreno de la producción industrial tampoco son alentadores los resultados de la experiencia franquista. Se encuentra en plena decadencia la industria extractiva del cobre, del cinc y del plomo. Permanecen estacionarias otras actividades, entre ellas la industria textil. El mayor incremento ha sido registrado a partir del año 1948 en el sector de la energía — producción hidroeléctrica y extracción carbonífera —. Otros sectores privilegiados son los del cemento y de la fabrication de lingotes de acero. Sin embargo la mera comparación con las estadísticas extranjeras demuestra la insuficiencia de la labor realizada. Desde 1948, la producción española de lingotes de acero subió en un 45 %. Este aumento, superior al que se nota en los países que ya habían alcanzado anteriormente un satisfactorio nivel de producción, queda muy inferior a las cifras registradas en los países arruinados por la guerra. En Alemania, Austria y Japón la producción aumentó respectivamente en un 178 %, 97 y 347 %. El mismo fenómeno se nota en el sector del cemento. Mientras la producción española subía en un 54 %, cifra inferior al aumento registrado en Suecia, país que, sin embargo, no sufrió ningún daño con motivo de la guerra, la subida ha sido mucho más rápida en los demás países que tienen que enfrentarse con un gravísimo problema de construcción de viviendas. Pues, en Francia, Austria y Alemania, la producción de cemento aumentó respectivamente en un 59 %, 94 y 176 %. Del examen comparado del índice general de la producción industrial en los distintos países se desprende la misma observación. En la base 100 en 1948, el índice de la producción industrial española queda establecido en 148 en 1954. Ligeramente superior al aumento registrado en los países que habían alcanzado anteriormente un alto nivel de producción y vida, el incremento industrial español resulta muy inferior a los resultados conseguidos por los países atrasados o arruinados por la guerra, que se encuentran, como España, en el trance de tener que realizar un gran esfuerzo con el fin de alcanzar a las naciones más desarrolladas. El índice industrial en este segundo grupo de países oscila entre el mínimo de 161 (Italia) y las cifras máximas de 251 (Alemania) y 257 (Japón).

Se deduce de estas cifras que si bien el régimen consiguió que en determinados sectores privilegiados no viniera incrementándose la distancia entre la atrasada industria peninsular y la producción de los grandes países industrializados, no logró tampoco el acortamiento de dicha distancia. No realizó, pues, su misión fundamental. Al final de estos veinte años perdidos, España sigue figurando en todas las estadísticas a igual distancia de las grandes naciones industrializadas del Occidente y de los atrasados países del Norte de Africa y del Próximo y Lejano Oriente. Su producción mensual de lingotes de acero no sobrepasa pues el término medio de 75.000 toneladas mientras que Francia produce 853.000, Alemania 1.285.000, Inglaterra 1.491.000 y los Estados Unidos 8.438.000.

El estancamiento económico se traduce fatal y necesariamente en un bajo nivel de vida. Examinaremos en una crónica venidera las consecuencias sociales del fracaso de la política económica del régimen.

CUARTILLA INTERNACIONAL

Amarguras de la coexistencia

TAL parece que la coexistencia, ese remedio milagroso para la salud mundial, basado en la rereceta de la igualdad atómica e hidrogénica, va provocando las primeras reacciones favorables en el enfermo.

Las palabras « guerra fría », antes tan de moda, han desaparecido de los periódicos. Problemas que parecían tan descomunales, como el de la división de Alemania, por ejemplo, han dejado de ser tales. Los « grandes » han encontrado, al fin, una solución muy semejante al huevo de Colón : olvidarlo. Y en lugar de las fatigosas y desacreditadas conferencias en niveles más o menos elevados — en esas de plan va y plan viene — se han entregado a las delicias de los viajes de « detente ». Los viajes, se ha dicho siempre, ilustran. Por lo tanto, nada mejor que viajar, sobre todo para algunos estadistas que apenas ahora parecen voder asomarse no sólo al balcón del cochino mundo imperialista, sino de su propio paraíso socialista, antes oculto por la niebla del culto a la personalidad..

Claro que tampoco en esas conversaciones se llega a ningún acuerdo, como no sea el de expresar el mutuo deseo de que los turistas ingleses visiten los campanarios del Kremlin, y los rusos la Torre de Londres. Pero, eso sí, se fortalece la amistad internacional. ¿ Almania ?, ¿ el desarme ?, ¿ el Medio Oriente ? Ya veremos...

¡ Qué bien marchan hoy las relaciones internacionales en todo el orbe !..., con la única excepción de algunos despistados, que se han propuesto por lo visto aguarnos la fiesta coexistencialista, como los chipriotas, los árabes del norte y los sarracenos de en medio.

Claro que hay también muchas cosas que uno no se explica. ¿ Cómo pudieron Rusia y Yugoslavia votar la entrada de Franco en la ONU ? ¿ Por qué al anunciar Rusia una desmovilización de más de un millón de hombres contestan los Estados Unidos probando la más terrible de las terribles bombas de hidrógeno ? ¿ Cómo es posible que el Kremlin diga ahora que Trotski tenía razón, puesto que era verdad que Lenin había dejado bien escrito que Stalin era peligroso ? ¿ Por qué..., por qué ?, etcétera.

Copiemos ahora a Eduardo Ortega y Gasset : « La razón humana, la sencilla razón del periodista, busca explicaciones y no las encuentra. Caminamos de absurdo en absurdo. Los periodistas, que somos gente sencilla que no está en el secreto de los cuadros surrealistas ni de los acuerdos internacionales, sufren la desorientación y el dolor de no poder dar explicaciones satisfactorias a sus lectores. Estos creerán que les mentimos, que no sabemos informarnos. La verdad es que eso que se llama razón y lógica no impera ya — no sabemos si reinó alguna vez — en este astro consagrado a la suicida labor de construir bombas atómicas. »

Y no nos queda, a la postre, sino esperar el estallido final, bien sea de la atómica decisiva, o de la luz cegadora — bien utópico esto — de la razón. Y, mientras tanto, contemplemos el panorama internacional con esta que pretende ser amarga ironía y que no es, en el fondo, más que amargura a secas. Se podría, en último extremo, buscar un refugio provisional en la contemplación exclusiva de lo nacional. ¡ Que se pudra el mundo ! ¿ Qué nos importa, si, después de todo, « lo nuestro » parece ir, ahora sí, por buen camino ? Mas, aun así, en ese regocijo por lo bien que va « lo nuestro », ¿ no hay, en el fondo, más deseo de venganza — siempre ruin — que de verdadera reconstrucción nacional ?

Ramón LAMONEDA IZQUIERDO